

Letter
to
Oscar

LA CAL. LA PIEDRA. EL AGUA. LOS PAJAROS.

Nace el GUadalete en la sierra del Endrinal, en Grazalema. Se nutre de ella se enriquece de ella. Se despeña arrollador para llegar al mar que es su fin, y antes trovador enamorado de Arcos, se desliza remolón por las tierras llanas y mullidas, reflejando puentes, barcas, redes...

(Volver)

Cuesta trabajo marchar de la sierra.

La Aurora de Grazalema.

La Parroquia de Benaocaz, cercada de flores. La Ermita de san Blás.

La torre de la parroquia de Ubrique, acosada de vecinos tejados.

La espadaña de san Antonio: un desafío, un reto permanente, una encrucijada para el visitante; desde el san Antonio Ubrique es un pueblo de juguete y su reloj zumba marcando los minutos como si por su máquina llegasen en turbión las aguas de la sierra.

La serranía es insólita y sorprendente. Nos habla de reciedumbre y blandura de quietud y movimiento; de severidad y de donaire; de historia y actualidad. Así el pantano futuro de Zahara; así el escudo de Zahara, donde la escala pregonaba la hazaña de Ponce de León; así con la aguja de la torre de la iglesia que los hermanos Cuevas dicen que parece sostener la roca...

La cal hiriente, el agua maternal, las rocas amigas, las chimeneas hogareñas los aleros prodigiosos, los cielos, los pájaros, hasta el musgo, entonan clamores, un himno de amor y vida.

SERRANIAS

la serranía gaditana está llena de contrastes, misterios y sorpresas. Milagrosamente asperjada de caseríos brillantes por su blancura. Como si un gigantesco Cíclope, hubiera convertido sus rayos violentos, en puñados de nieve y los hubiera esparcido entre las rocas. Así es la serranía: sembrada de pueblos blancos. Los pueblos blancos de Cádiz.

(la fuente de Benaocaz)

Agua. Cada piedra guarda un venero.. Benaocaz, tendida al Sol, es un manantial de belleza. Su nombre evoca a sus fundadores, los árabes. Este agua, elemento maternal, puesto que del agua nace toda la vida, fue domada, dirigida, aprisionada para cantar y saltar y pregonar que antes Roma estuvo aquí como testimonio esta fuente.

(Alcalá de los Gazules)

La amanecida brumosa. Como un sueño. El Cielo limpio; las nubes bajaron curiosas y taponan los valles; ¿una casa? ¿un oter?. Aparece deslumbrante un cortijo y más allá, el pueblo que luce el nombre más bonito de Andalucía: Alcalá de los Gazules. Y allí está enriqueciendo el paisaje como cortinaje o pabellón.

777777

(Vamos a Ubrique)

La espesura del monte. La apretada arboleda que secuestra al viajero. Se abren los valles; se elevan rocas; es la vida en la flor, en el matorral, en los pequeños y grandes animales.

(Oteamos a Ubrique)

Abajo, derramado el caserío entre rocas y algarrobos, la blancura que deslumbran los ojos. Y como desamparado o como soberbio, Ubrique. Arrebuja-do que le sirve de manto y de abrigo. Otro manantial de belleza.

(Benaocaz)

Queda Ubrique como un lago de leche, cuando lo avistamos por la carretera que lo une a Benaocaz. Una carreterallena de revueltas, primicia juguetona, del recorrido hasta Grazalema.

Benaocaz, bella odalisca, sumisa a las caricias del sol y del agua y engalanada de cal.

(Manga)

Le llaman La Manga y es un estrecho valle que en forma de embudo, angosto, sombrío, pavoroso que se abre al claro y soleado ruedo de Benaocaz. Las piedras de la sierra son grises; la arboleda escasa y desperdigada. En la estrechez de La Manga, la sierra se vuelve tajos a trechos y en lo más al-

to de la pared lisa destacan los enormes agujeros convertidos en cuevas donde anidan las águilas y los buitres leonados.

(Sierra alpina)

La sierra gaditana es brava, fiera, dura con la gracia especial de una gaviota en vuelo; de zarpazo suave y docilidad infantil. La carretera con sus blancos quitamiedos es una cinta blanca en manos de una fabulosa diablesa que juega a hacer difíciles lazadas.

Y allí Algodonales, como un islote inverosímil en medio del bosque de riscos y picachos.

Y Grazalema, amparada por el Mahón.

(Arcos)

Unos pueblos están defendidos, abrigados, cobijados por la sierra; otros, enhiestos, desafiantes, retadores; entre estos, la primacía la tiene Arcos de la Frontera, donde "las torres quedan a dos palmos de Dios" y "la sombra sorprende acariciando estrellas" Así sus poetas Carlos Murciano y Juan de Dios Ruiz. Y sus visitantes: "emplazamiento de cima y espolón de un meandro del río y es místico que escribe: "debemos amar a Dios porque existe un pueblo llamado Arcos de la Frontera." Cabodevilla.

(Zahara de la Sierra)

Es el adorno de la Serranía, Zahara de la Sierra. Sonrisa blanca entre verdes oscuros. Derroche de cal y flores. Dureza. Tesón. Orgullo. No parece posible el dominio de una roca que lleva el nombre de arisca y agresiva. Pero ahí está: arañada en su base por casas de ensueño de planos dislocados; casas que reciben visitas de cabras en sus patios altos construidos entre piedras y musgo, donde ya es milagro el nacimiento de un rosal o de un geráneo.

Desde Zahara el peñón de San Cristóbal parece tan cercano, tan encima, que se le cuentan las nubes y se nota cuando se las arrolla en byfanda.

Los tejados de las casas de Zahara, primorosos como un mosaico.

(Tejados)

Los tejados de los pueblos serranos. Tejas pesadas desafiando al aire, en equilibrio perenne sin argamasas que las fijen. Aquí hubiera sido feliz en sus correrías El Diablo Cojuelo.

Forman bordaduras como filigranas sobre los tejados de perfecta y delicada geometría.

Las chimeneas son únicas, con tremenda personalidad, ideales, artísticas, voceadoras del hogar donde el fuego silba su danza.

Los aleros bellísimos en cada pueblo distintos y personales y todos unidos entre sí por la audacia de sus voladuras. Felices las avecillas que anidan bajo su protección.

(La Cal)

Los tejados, las chineas y la cal.

Siempre la cal. Sobre los caballetes de los tejados, en los aleros; en las chimeneas. Blanqueando ventanas, rejas, puertas y piedras; capas y capas de cal centelleante que hasta deforman la mamposteía, según observa José María Javierre. Y sin exagerar, comentan los hermanos Cuevas: "Forman verdaderos fornculos de nieve a flor de piel. A flor de piedra diremos nosotros."

En Benaocaz, o en Ubrique, en cualquier pueblo de estos, por cualquier rincón veremos un extraño y feliz maridaje entre las flores, las piedras, la cal, los aleros, los canarios y los ingenuos ventanucos con sus hierros encalados..

Zahara con su corte de montes, sus juguetonas chimeneas, sus calles de escaleras.

Las calles de todos ellos pinas y estrechas. Desde el arranque de ellas, el cuadro más pintoresco.

(Benamahoma)

Es Menamahoma. Ofrece un paisaje bucólico. Las cabras domésticas, en pira, atendiendo nombres propios: Mariposa, Dolores, Blanca...

Agua correntona por los cauces. Cantarina y bulliciosa. Salpicando sobre las piedras. Remansando junto a los arbustos y árboles. Siempre prodigándose. Siempre generosa. Regalando vida y continuidad. Tosa la Sierra está surcada y enriquecida de ríos y riachuelos que juguetean en sus entrañas, que se conocen entre sí.

En Villaluenga vivía un joven que ahora a Ubrique porque allí moraba su amor; cada día, el convenido por ellos, él encerraba en un bote una misiva amorosa y la metía entre unas rocas que ocultaban el paso ruidoso de un río innominado. Cada día, en Ubrique, la novia acudía al Algarrobal donde aparecía la carta dentro del bote remansado en una orilla.

(¡Qué linda estafeta de correos!)

(La Manga)

La tierra oprimida, prisionera en La Manga. Hay un largo y estrecho tablazo donde los verdes alternan con los pardos en una delicada combinación geométrica. La yunta y el arado, trabajosamente dirigidos por el hombre, abren surcos y la tierra gozosa ofrece sus entrañas para recibir el nuevo germen de vida.

Los aguiluchos observan desde sus altos cubículos.

(Cementerios)

En lo alto el Cementerio. Desde abajo, la blancura de los nichos, es la sonrisa inefable de la sierra.

En Villaluenga todo es insólito: su enclave, sus casas, sus pinas calle, su recoleta plaza, su cementerio.. Si después de leer las leyendas de Becquer, entramos en este, se puede pensar que se está soñando; que es una leyenda más. La antigua Parroquia, quemada en la guerra de la Independencia por los franceses, sirve para descanso de los que ya se fueron. La cúpula es atravesada constantemente por los aguiluchos; en cada rincón, en cada altar, capilla o patio, están colocados amorosamente los que allí descansan. Desaparece la idea de jardín porque el suelo es roca viva que no admite labor de siembra, y también desaparece la idea de Muerte, porque se ensancha el corazón al contemplar desde allí, desde aquella altura, la majestad del entorno: piedras, aves, árboles, agua, chimeneas y coches que circulan en lo hondo, por la carretera, como si fueran de juguete.

Todo canta a la Vida.

El recinto sagrado da testimonio de los héroes de este pueblo:

Villaluenga del Rosario no quiso capitular,
y vinieron los franceses
y quemaron el lugar.

Dejar La Manga, las fuentes, las rocas, el ensueño venturoso, y vislumbrar avanzando por la carretera, ese alero colosal donde se asienta Grazalema, es notar los avances de la arboleda y los diferentes colores de las piedras que pasan del gris al ocre. La arboleda aparece incrustada a trechos. Es notar otra belleza que también está dentro de lo increíble. Otra vez la algarabía del color que no puede vencer a la luminosa cal.

El agua constante entre las higueras y el cementerio que parece diseñado por Dalí: paredes lisas, ángulos agudos, suelo de roca cercado por un polígono irregular y disparatado. También aquí está la Esperanza y la Vida: al frente el pueblo, sus gigantescos abetos, sus gentiles álamos; el Guadalete jugueteón que le cede el paso a las adelfas.

En Zahara, los que partieron para siempre dejaron sus amores abrazados a la roca. ¡Qué difícil dejarla sin pena! Asoman los nichos buscando el camino de Arroyomolinos. El paisaje bravo de Algodonales y la ingente mole que oculata al El Gastor. La Protección del San Cristóbal.

En Olvera, al pie de su castillo, gran protagonista de la historia de este pueblo, como un jardín grande y recoleto y lleno de luz está el Cementerio. Las torres de la iglesia, gemelas, audaces como flechas, señalando un camino espiritual o tal vez la graciosa vanidad del dicho popular:

"Mata al hombre y vete a Olvera,"

pregonando su antigüedad y privilegios,; que Alfonso XI en 1327 la dotó de franqueza y poder de perdonar a los homicidas si estos luchaban un año con los moros.

En Ubrique ya se puede decir como Miró: "jardín de cruces". En este cementerio el suelo es blando y las tumbas se acomodan a la tierra. Unos enormes y viejos árboles quieren ocultar su vista. ¿Y por qué, si también hay Vida y Esperanza? Junto a sus paredes, al lado, enfrente, arriba, abajo bulle el pájaro, el agua, el trabajo y el afán diario.

(Agua)

Los caños. Aguas dóciles que se han dejado dominar en la estrechez de una tubería y que saltan jubilosas recobrada la libertad. ¿Cuántos caños en la serranía? ¿Cuántos en cada pueblo? Se derraman las aguas en los pilones cantando de prisa. Viene trajinando subterránea por los vericuetos desde San Cristóbal al Benafelíx. Agua en la plaza, en las calles, en los paseos.

Agua, rocas y floresta.

Agua y fuentes por los camibos, por las carreteras. El San Antonio, vi-
gía permanente.

Agua en Las Palomas, como bebida de dioses ofrecida por san Cristóbal, el dios de la serranía.

Agua, piedras, historia, vida. En los adornos de los caños de esas fuentes en su estructura aparece el pueblo celta en las caras de Grazalema y a la entrada de Benaocaz intacto el paso romano.

Atardeceres blancos. Si se doran san Cristóbal se pone su manto de oro.

Por el Boyar se despide el Sol. Hay entonces en la sierra como un rebullir de suspiros. Los pinsapos alcanzan la cima. Suaves acuden las sombras. El Sol remolonea y al final esconde sus rayos zambulléndolos en el tropel de montañas. El Boyar admite un silencio tan grande y espeso que es una oración.

(Arcos)

Arcos. Los alcaravanes reinan en su aire, cantando las alturas de santa María, san Pedro, el Castillo o ~~ext~~ el Ayuntamiento. Por el Mirador se aglomeran las estampas del paisaje: el Guadalete entretenido en revueltas para no dejar de espejear al pueblo asomado a la peña en un gracioso y difícil equilibrio. Dice Antonio Murciano: "Reflejando la peña, invirtiéndola, haviendo bolar a los buitres, las palomas torcaces, bajo la plata viva de los peces doblando sobre su cauce torres y campanarios."

El puente se duplica en el río.

"Un río que lame la piedra amarillenta y que lo va socavando poco a poco, insidiosamente" como escribió Azorín.

"O sobre una roca que va deshaciendo el Guadalete", dijo P. Baroja.

"Arcos, dos arcos, dos alas...¿ se desdobló en mariposa quieta..?- dice Gerardo Diego.

"Velero varado", habla A. Murciano.

"Como un viejo bergantín varado a orillas del Guadalete", escribió Blas de Otero.

"Parece un barco anclado en las llanuras onduladas." H. Tracy.

LA CAL. LA PIEDRA. EL AGUA. LOS PAJAROS.

Nace el GUADALETE en la sierra del Endrinal, en Grazalema. Se nutre de ella. Se enriquece de ella. Se despeña arrollador para llegar al mar que es su fin, y antes trovador enamorado de Arcos, se desliza remolón por las tierras llanas y mullidas, reflejando puentes, barcas, redes...

(Volver)

Cuesta trabajo marchar de la sierra.

La Aurora de Grazalema.

La Parroquia de Benaocaz, cercada de flores. La Ermita de san Blás.

La torre de la parroquia de Ubrique, acosada de vecinos tejados.

La espadaña de san Antonio: un desafío, un reto permanente, una encrucijada para el visitante; desde el san Antonio Ubrique es un pueblo de juguete y su reloj zumba marcando los minutos como si por su máquina llegasen en turbión las aguas de la sierra.

La serranía es insólita y sorprendente. Nos habla de reciedumbre y blandura de quietud y movimiento; de severidad y de donaire; de historia y actualidad. Así el pantano futuro de Zahara; así el escudo de Zahara, donde la escala pregonera la hazaña de Ponce de León; así con la aguja de la torre de la iglesia que los hermanos Cuevas dicen que parece sostener la roca...

La cal hiriente, el agua maternal, las rocas amigas, las chimeneas hogareñas los aleros prodigiosos, los cielos, los pájaros, hasta el musgo, entonan clamores, un himno de amor y vida.

... a fuerza de capas y capas de cal, se estrechan las calles, se achican las habitaciones y engruesan los muros.

En las fachadas puede adivinarse la edad de los edificios si se pudiera taladrar el sobremuro formado por encalijos de muchos años. Las fachadas llegan a perder su verticalidad: se escalonan los desconchones reparados, y llegan a formarse o forúnculos como si hubieran pegado pellas de nieve o de espuma.

La amistad de estos pueblos con la cal llega a ser frenesí y como en arrebatos incontrolados lo blanquean todo: paredes, aleros, tejas, hierros

¿cómo escapan los pájaros de esa pasión? ¡Ay, si se descuidan! Lo encalan todo: las chimeneas y las orillas de las calles con bonitas cenefa acusando bien las revueltas, realizando las piedras que se negaron a desaparecer bajo el pico; piedras que no entorpecen ni afean, que elevándose sobre el suelo acarician la pared, la embellecen y hasta se ofrecen como lujosos asientos o como canastillas para albergar plantas y flores.

Zahara, también llamada Maga en los glosarios granadinos de mediados del siglo XVII, ha dado un nombre al Diccionario: zahareña. Esquiva e irreducible

Sus calles en zig-zag acomodado a la roca, están picadas a mano, unas sobre otras. Picadas en la peña, tan pinas que están llenas de escaleras.

El castillo de Zahara parece un extraño pájaro a punto de iniciar el vuelo, como la peña misma. Las nubes habitan en él y ponen en la roca un color morado y persistente, rivalizando en fuerza con el dorado enrojecido del Sol en su despedida.

Cada calle es un mirador porque por cada una, las sierras, el valle y las casas forman un tapiz ~~riquísimo y variado~~ riquísimo y variado.

..... junto a lo del escudo de Zahara, recordemos la leyenda de las zuritas.

ARCOS

de calles retorcidas y estrechas, tan empinadas que el corazón se resiente y se agradece los escalones que ayudan a subirlas.

Algunas tan estrechas que quizá el Sol las visite plenamente pocas veces. Como anchos pasillos limitados por blanquísimas casas que dejan entrever umbrosos patios como trozos de paraísos.

Las paredes callejeras se enlazan fraternalmente con arcos, quizá para que entre ellos aparezca Santa María como soñada; o para que el corazón fatigado se ensanche al llegar a la contemplación de tanta belleza.

Mirar entre los arcos o por ellos, es mirar lo insospechado: una torre, un reloj, unas campanas, un Castillo, un pájaro en vuelo, un valle dilatado verde, ocre, azul.... Un río: Guadalete que como su nombre dice es río de placer o de deleite.

Y eso es Arcos de la Frontera: un deleite.